

y su corazón se movió en su pecho con trabajoso palpitar, así como la pepita de una avellana medio seca que tiembla en las ramas agitadas por el viento.

—Convidémoslas á dar un paseo en coche,
—dijo Nules.

—Sí, que enganchen. ¡Attelez!... *Philidor*...—dijo Leopoldo gritando.—Pero vamos á recibirlas.

—Las llevaremos á dar un paseo á Leganés.

—No hay nada que ver.

—Aunque sea á ver á los locos.

IX

Tambien yo despeino.

Los progresos en la mejoría de la pobre santa y mártir siguieron por la tarde; pero al anochechar cesaron. María sintió dolor de cabeza, cierto mareo y se amparó de ella la tristeza. Paoletti la habia acompañado gran parte de la tarde, hablando muy poco y de cosas sin sustancia. Leon pasaba largos ratos allí.

—Oye,—le dijo María.—No sé si es cosa de mi imaginacion, algo extraviada por la fiebre, ó engaño de mis sentidos; pero ello es que siento...

—¿Qué sientes?

—Como si por ahí, no sé por dónde, anduviera mucha gente... Creo oír como tropel de criados y ruidos de platos, y hasta me parece que siento olores de comida que me repugnan.

Leon quiso arrancarle aquellas ideas, mas

no lo consiguió. Sólo se quedó tranquila cuando Paoletti, que era para ella la verdad misma, le dijo:—"mi querida amiga, esos ruidos y esos olores quizás sean pura aprension."

Esta vez el gallo no cantó.

—Deseo rezar,—dijo María.—Pero no te vayas, Leon, no te vayas. Supongo que viéndome enferma no te reirás interiormente de mí porque rece. Quiero que me oigas y que te estés callado oyéndome, porque esa es tu obligacion. El que no cree, oye y calla... Pero no, no te separes, no...

—Si estoy aquí.

—Siéntate, y no mires al suelo, sino á mí. Mi Padre y yo rezaremos, y tú... ahí, ahí quieto. Cada palabra nuestra será un latigazo... pero tú quieto ahí, sin moverte, mirándome... aquí... de modo que yo te vea bien...

Y sujetándole la mano, echábale miradas amorosas.

—No debes rezar,—le dijo Leon.—Nuestro amigo el señor Paoletti rezará... pon atencion y no te fatigues.

—Bueno,—dijo María, tomando de debajo de la almohada una medalla que le habia traído Rafaela.—Ahora, hazme el favor de besar esa medalla.

Leon la besó, no una, sino muchas veces. María la besó luego, diciendo:

—¡Madre mia, salva á mi ateo, y si él no quiere salvarse, sálvame á mí, y mientras viva consérvamele fiel!

Sin quererlo, se pintó á sí misma en esta breve plegaria.

La síntesis de su pensamiento era: "que yo me salve, aunque para salvarme tenga que hacer pedazos la ley fundamental del matrimonio, y que mientras yo abandono lo humano para aspirar con ferviente anhelo á lo divino, mi marido, este hombre que la Iglesia me dió para mi regalo, me quiera mucho, muchísimo, guardándose muy bien de mirar á otra." En una palabra: para ella, como poseedora de la verdad, grandes libertades; para él, como esclavo del error, todos los deberes.

La habitacion se oscurecia lentamente, llenándose de fúnebre tristeza, en la cual no tenia poca parte el cadencioso rezo del diminuto clérigo. ¡Cosa por demás extraña! Aquella voz tan armoniosa y dulce en la conversacion corriente, tornábase un poco áspera en la plañidera rutina de los Paternostes y Ave-Marías.

Rafaela trajo luz á punto que se acababa el rezo, y con la claridad y la transicion del sonsonete al tono agradable del diálogo, se creeria salir de una region sepulcral para entrar en una esfera de vida. Paoletti, despues

de chariar jovialmente con su ilustre hija espiritual, se despidió hasta el día siguiente. Cuando Leon, atento á las conveniencias, le acompañaba hasta la sala del Himeneo, el clérigo le dijo con acritud.

—Quiera Dios, asegurándole la salud, que me sea permitido pronto mostrarle la pura verdad. Esta comedia comienza á dejar de ser caritativa.

Leon vió al pequeñuelo clérigo bajar con precaucion la escalinata y meterse en el coche, y cuando éste rodaba por la fina arena del parque, se internó de nuevo en el palacio, diciendo para sí:

—¡La verdad! ¡la verdad! ¡Que la sepa y que viva! ese es mi deseo.

En el salon de tapices, llamado así porque contenía en sus paredes hermosa coleccion de aquellas obras de arte, cuyas gastadas tintas y pálidas figuras parecían representar una procesion de tísicos, habia placentera tertulia. Leon no quiso asomar por allí, y volvió al lado de su mujer. Nada ocurrió en la prima noche digno de ser referido, sino que el médico, no seguro aún del buen resultado, recomendó con más energía el reposo, y puso veto á los rezos y ejercicios místicos. Serian las diez cuando María, despues de dormir un poco con fácil sueño, se mostró inquieta, in-

clinada á hablar mucho. Leon, obedeciendo á su mandato, habia colocado un sofá junto á la cama, y en él trataba de descansar tambien. Pero María le hacia mil preguntas, hablándole de sí misma, de él y de los demás. Entonces oyó Leon repeticiones de las impertinentes homilias caseras que le habian mortificado tanto en épocas anteriores; se oyó llamar ateo, empedernido materialista, enemigo de Dios, hombre lleno de orgullo y de pecado, si bien estas duras acusaciones eran suavizadas en el orden material por la hermosa mano de María acariciando la barba del heterodoxo, dándole golpecitos á ratos ó pillando entre sus finos dedos la piel del cuello con tanta fuerza á veces, que se oia la voz del marido diciendo:

—¡Oh! Que me haces daño.

—Más mereces tú... Pero mucho te será perdonado si cumples tus sagrados deberes conmigo.

Sucedía á esto una larga pausa en que los dos parecían dormitar, y de pronto María despertaba sobresaltada y decia:

—Vamos á ver, marido, ¿cuál de nosotros dos vale más?

—Evidentemente tú; eso no puede darse.

—Ayúdame á hacer memoria... ¿Es cierto

que yo te dije que no te quería, y que tú me dijiste también que no me querías?

Leon se quedó perplejo sin saber qué contestar.

—No recuerdo nada,—respondió al fin.

—¿Que no recuerdas?... ¿Lo habré soñado yo?

—Es que no recuerdo. Me he consagrado á cultivar el olvido.

—Pero no te alejes de mí.

—Si no me muevo.

—Acércate más... aquí. ¡Qué pálido te has puesto!... ¡qué ojeras tienes, querido!... Acércate más. Que tu cabecita esté cerca de mí.

Después de esta insinuación cariñosa, se volvió á dormir, asiendo fuertemente por los cabellos cortos y rizados la hermosa cabeza de su esposo, como pintan al verdugo cogiendo la cabeza del ajusticiado para mostrarla al público.

La luz de velar enfermos, tenue, misteriosa, encerrada dentro de un cilindro de porcelana, á la cual daba transparencias de ópalo y madre-perla, trazando además en el techo un gran círculo de claridad movediza, alumbraba lo bastante para ver los bultos y la indecisa silueta de los rostros. Todo lo oscurecía aquella luz semejante á la que debe existir en el Limbo, convidando al sosiego y á

un medio sueño parecido al estupor. Leon no velaba ni dormía; el cansancio le impedía lo primero y la atormentadora idea no le dejaba llegar al reposo cuando caía lentamente en él. Ya muy avanzada la noche creyó sentir ligero rumor en el cuarto y miró con asombro, porque no era posible que nadie entrara allí á tal hora. Quedóse helado de espanto cuando vió una sombra ó fantasma que avanzaba con lento paso. Parecía un capricho óptico de la misteriosa luz encerrada en el vaso cilíndrico. Felizmente él no podía creer en aparecidos. Quiso moverse para expulsar aquel, á quien al punto reconoció como persona humana, pero no pudo. Estaba muy bien agarrado por los cabellos y el más ligero movimiento habría despertado á su mujer, que dormía con sueño tranquilo. Extendió el brazo para decir algo con el brazo, ya que no podía decirlo de otra manera, pero el fantasma no hacia caso; se acercaba más, se inclinaba hácia el lecho con cierta curiosidad parecida al pavor. Leon sintió el extraño envolvimiento, por decirlo así, de una mirada dolorosamente expresiva. Su corazón latía y forcejeaba en el pecho, como un loco furioso dentro de su camisa de fuerza. Estaba indignado... ¡No poder hablar, no poder moverse para conjurar aquel peligro inminente! Lue-

go observó que el fantasma, y seguiremos dándole este nombre pueril, movía su cabeza, como quien acusa ó reconviene ó desprecia. Despues se alejó sin cautela, precipitadamente, haciendo más ruido que al entrar, y dejando tras de sí un quejido como una ráfaga de viento que pasa.

María se despertó sobresaltada.

—¡Leon, Leon!—dijo.—Yo he visto...

—¿Qué?... No delires.

—Yo he visto... sí, y he oído... como el ruido de una falda de seda... corriendo.

—Sosiégate... Aquí no ha entrado nadie.

—Yo ví,—dijo María llevándose las manos á los ojos.—Me pareció que una mujer salía por aquella puerta.

—Duérmete otra vez y no veas ni oigas lo que no existe.

—¿Está el Padre Paoletti?

—¿Cómo ha de estar, hija? Son las doce de la noche. Vendrá mañana.

—¡Oh! Yo quiero que él me explique esto. El sólo me lo puede explicar.

Despues la dama se durmió profundamente, recogidas y puestas blandamente sobre el pecho las manos, con lo cual dicho se está que dejó libres los cabellos de su esposo. Este, imposibilitado ya de conciliar el sueño por las batallas de su ánimo y porque creía

sentir aún bullicio de persona viva en la habitacion inmediata, levantóse del sofá con toda precaucion y silencio, y andando con mucha lentitud salió de la alcoba. Al hallarse en el aposento próximo, un ruido singular y que con ningun otro puede confundirse, le indicó la precipitada fuga de una falda de seda. Siguió tras ella, pasando de una sala á otra; pero la falda huía, como alimaña que se siente cazada y busca en la oscuridad su vivienda. Por último, en la sala llamada *Incredroyable* ó *Increible* (ya la conoceremos luego) la fugitiva, cansada de correr, dió con su cuerpo en un sillón. Allí no habia lámpara ni bujías, pero por el ancho tragaluz abierto sobre una de las grandes puertas entraba la claridad del farol encendido toda la noche en el ángulo de uno de los grandes corredores del palacio. Alumbrada tan poco y un si es no es románticamente, la sala *Increible*, si no tenia claridad bastante para que en ella se pudiera leer ó mirar las estampas ó hacer un detenido estudio de las porcelanas allí colocadas, teníala para que se conocieran las personas y aún se recrearan los rostros, si la ocasion lo exigía, en su contemplacion muda.

Pepa Fúcar, pues no era otra la que allí fué como alma en pena, se inclinó sobre sí

en el sillón, juntando la frente á las manos cruzadas y casi tocando con éstas á las rodillas. Entre gemidos pronunció estas palabras:

—Ya sé lo que me vas á decir, ya sé... no digas nada.

—Por Dios... tu imprudencia...—murmuró Leon de pié ante ella.

—No, no volveré más; no lo haré más... Ya sé que no tengo derecho á nada... que mi destino es dolor y abandono... siempre abandonada... Ya sé que no puedo quejarme, que no puedo pedir explicaciones, ni pedir nada, y que hasta el pensamiento amante me está prohibido.

Leon se sentó junto á ella. La dama no cesaba en aquel angustioso movimiento de su cabeza y sus manos cruzadas, inclinándose acompasadamente en direccion de las rodillas. Irguiéndose luego como quien se envalentona consigo mismo y domina su corazón pisoteándolo (también hirió el suelo alternativamente con ambos piés), secó sus lágrimas con las temblorosas manos, porque no tenía serenidad bastante para hacerlo con el pañuelo (y aún se puede asegurar que había perdido el pañuelo), y dijo así:

—Está bien... Estoy demás aquí... Tengo todos los sentimientos, pero me faltan todos los derechos... Soy una mujer sin honor. La

esposa podría abofetearme y sería aplaudida... Adios.

Leon le señalaba la salida sin decirle nada.

Ella le miró con patética ternura. Rápidamente extendió hacia la cabeza de Leon su mano, á la cual la pasión daba energía formidable, hizo presa en los cabellos, tiró, trajo hacia sí la cabeza, obligando al cuerpo á una violenta inclinación, la puso sobre sus rodillas, enredó por un instante en el cabello sus diez dedos... machacó encima...

—También yo...—dijo hablando como se habla cuando no se puede hablar.—También yo... despeino.

Leon se incorporó, vacilando entre la severidad y el perdón.

—Márchate,—le dijo.

—Sí, adios...—replicó ella alejándose.—No quiero deshonrarte más... Iré despacio. Mi pecho está oprimido. El llorar y el correr me ahogan... No me acompañes...

Abrió sigilosamente con llave falsa la puerta del museo pompeyano, la cual estaba en el ángulo de la sala *Incredible*, y desapareció en un recinto oscuro. Leon salió poco después por donde había entrado, regresando, como buen soldado, á su puesto de combate.